

---

Enrique Viloria Vera

Profesor

## Religiosidad, sexo y misticismo

Al amor, cualquier curioso  
hallará una distinción:  
que uno nace de elección  
y otro de influjo imperioso.  
Este es más afectuoso,  
porque es el más natural  
y así es más sensible: al cual  
llamaremos afectivo;  
y al otro, que es electivo,  
llamaremos racional.

*Sor Juana Inés de La Cruz*



Uno de los temas seleccionados por los organizadores del XIII Encuentro Internacional de Escritores en Monterrey es el relativo a **Religiosidad, sexo y misticismo**. Ciertamente que a la luz del intenso y enjundioso análisis realizado por ese grande de las letras hispanoamericanas, Octavio Paz, acerca de la vida y obra poética de Sor Juana Inés de La Cruz o las Trampas de la Fe, es difícil añadir comentarios novedosos a los expertamente realizados por el escritor sobre el tema que nos ocupa.

Este escritor universal, nacido en México, afirma con propiedad que “la poesía no es un género moderno, su naturaleza profunda es hostil o indiferente a los dogmas de la modernidad: el progreso y la sobrevaloración del futuro (...) La poesía, cualquiera que sea el contenido manifiesto del poema, es siempre una transgresión de la racionalidad y a la moralidad de la sociedad burguesa. Nuestra sociedad cree en la historia –periódico, radio, televisión: el ahora– y la poesía es extemporánea (...) Con frecuencia el autor comparte el sistema de prohibiciones – tácitas pero imperativas – que forman el código de lo decible en cada época y en cada sociedad. Sin embargo, no pocas veces y casi siempre a pesar suyo, los escritores violan ese código y dicen lo que no se puede decir. Lo que ellos y sólo ellos tienen que decir. Por su voz habla la otra voz: la voz réproba, su verdadera voz. Sor Juana no fue la excepción.” Y yo tampoco, me atrevo a corroborar.

En efecto, en mi poesía, esa otra voz que revela Octavio Paz se adueñó totalmente de mis versos para motivarme a publicar mi primer poemario adulto, *Húmeda Hendidura*, dedicado al placer del sexo y del encuentro carnal que despertó la pronta sorpresa de amigos y allegados, cuando no una oculta sospecha sobre mis andanzas cortesanías y caballescadas. En ese poemario herético, y en poemas de otros libros poéticos, así como en algunos de mis textos en materia de crítica de artes plásticas, se encuentra presente una personal reflexión sobre el sexo y el erotismo.

Siempre he asumido con Freud que "es conveniente diferenciar entre los conceptos de lo sexual y de lo genital. La palabra sexual tiene un sentido más amplio y abarca numerosas actividades no relacionadas con los órganos genitales." Así podría decir que parte de mi poesía es sexual, erótica y nunca genital, aunque buena razón tiene César Vallejo cuando define al arrebato pasional de la cópula como "una pareja de carnívoros en celo."

Hay un par de poemas que considero representativos de esta precedente aseveración: *Iniciación* y *Me nubla*. El primero de ellos es una manera de afrontar el sexo iniciático: "Descubrí el sexo / en el primer brotar de mis ramas / cuando aún mis letras / eran adverbiales / y las frases / poseían una simetría involuntaria / Era el tiempo de Adviento / Pentecostés había pasado / escondido en copones de eucaristía / Supe de enredaderas humanas / de húmedas intersecciones / de hendiduras septentrionales / Conocí el canto del roce / el trino de los cuerpos / bebí aguas / coloras / gustosas / y saboras / al tiempo que crespos jardines / se abrieron / para permitirle paso franco / a un huésped desconocido / que llegaba desde lejos." El segundo poema es la expresión de una sorpresa que se traduce en atadura irracional, en esclavitud deseada: "No hay entendimiento / ni razón que comprenda / esta sed de tus aguas / esta vocación suicida / que me conduce a morir / herido de placer / entre las espinas / de una rosaeda / que crece / rosada y fresca / húmeda y honda / en el crespo de tu cuerpo." Este último poema sobre la irracionalidad del amor es tributario quizás de lo afirmado milenios ha por Propercio en sus *Elegías*: "Quienes me preguntan cuando terminará la demencia del amor, no saben lo que dicen. Si un día la tierra produjera frutos no sembrados por el labrador, si los ríos remontaran hasta sus cabeceras y los peces tuvieran que morir en el abismo marino que esas aguas no llenan, ese día podrá pensarse en que mi

tormento es otra que no sea ella. Mi vida, mi muerte, todo le pertenece."

No pude ser ajeno a mi tiempo y circunstancia, y le dediqué a finales del siglo pasado, unos cuantos versos a la formulación más reciente del amor y del erotismo ejercida más allá de lechos y petates en la pantalla de la computadora con la ayuda de la INTERNET. Consecuencia de esta inspiración amorosa electrónica es mi poemario *VIRTUAL VIRTUAL*, en el que por economía de tiempo y espacio propia de internautas, dedico breves poemas a esta nueva forma de amarse sin tocarse: "Ámame / sin attachments."; "Dulces supongo / tus besos / que no cliqueo."; "Chatea / chatea / chatea / hasta el borde del orgasmo."

El sexo además de motivación para los acercamientos amorosos también puede ser una renuncia consentida, una felicidad que se desecha, un amor al que se despide: "No deseo continuar siendo / el trofeo / que orgullosa exhibes / en el salón de visitas de tu cuerpo / pieza exclusiva / fiera derrotada / victoriosa de los safaris de tu amor / En solitaria estampida / huyo me alejo / de las praderas de tu sexo / cimarrón contento / bestia regocijada / que no responde más / al llamado de tu orgasmo / a los tambores de tu amor."

Al sexo explícito hay que alimentarlo del erotismo, de la imaginación del sexo, de la metáfora de la sexualidad. Unos senos insinuados, unas piernas bronceadas y entrejuntas, un pie fetiche y jugueteón, una mirada de lujuria, un pubis próximo, unas nalgas acariciables, se convierten indefectiblemente en tema propicio para una poesía que no desdeña temas de la carne ni partes del cuerpo para proclamar la sensualidad de la amada: "¿Sabes? / Me gustaba mucho / el empuje de tu pie / verlo emerger / relucir / brillar / más allá del zapato..." o bien, "Abajo / el vellón de tu hendidura / no se corresponde con las enredaderas de tu frente." Porque como bien lo observa Octavio Paz, esta vez en *La Llama Doble*: "Al abrazar la presencia, dejamos de verla y ella misma deja de ser presencia. Dispersión del cuerpo deseado: vemos sólo unos ojos que nos miran, una garganta iluminada por la luz de una lámpara y pronto vuelta a la noche, el brillo de un muslo, la sombra que desciende del ombligo al sexo. Cada uno de estos fragmentos vive por sí solo, pero alude a la totalidad del cuerpo. Ese cuerpo que de pronto se ha hecho infinito."

Me defino como un hombre religioso, en el entendido que de que el término religión, en su acepción original, viene de religare, es decir, de la

religación, la genuina vinculación entre el ser humano y un Ser Superior personal y exclusivo, aunque sin exclusiones. Soy un humanista cristiano que no milita en los dogmas y en los ritos de una religión infalible y enclaustrada. **Creo más en la caridad que en la castidad.** De allí que mis poemas, mi reflexión religiosa en general, exprese una vertiente religadora propiamente dicha, y que, en otra dimensión - más terrena y carnal - esta religación me haya permitido concretar la vinculación sensual y trascendente con un Ser Superior que es la mujer amada.

En uno de mis textos poéticos de carácter religioso, *Catedral de Piedra*, Dios, el Ser Superior hace su aparición desde los orígenes mismos del hombre en un remoto peñasco sito en el Mar Caribe venezolano. En versos religados expreso:

*"Dios ya se había preluñado  
como presencia  
y sobre todo  
como necesidad*

*Más allá de génesis y orígenes  
se supo se intuyó  
que era conveniente contar  
con un Ser Superior  
generoso y exigente  
a quien dedicarle ofrendas  
a cambio de favores*

*Divinidad tardía  
postrera rezagada  
urgida sin embargo  
de templos y devociones  
a la que una naturaleza  
sabía  
anticipándose al hombre  
y sus creencias  
le construyo prontamente  
esta catedral de piedra  
en medio de tanta agua bendita."*

En otro de mis poemarios de corte religioso, *Invocaciones*, es el cuerpo amado, apetecido, el motivo erótico y sexual, el que funge de asidero de la religación. La amada es el Ser Superior:

*"¿Existirá Dios?  
¿Cómo saberlo?  
¿Será efectivamente un rayo de luz  
una nube diferente  
una lluvia desigual?*

*¿Estará en la naturaleza  
en los libros de teología  
en la reflexión de los filósofos  
en el desespero del creyente?*

*¿Cómo hacer para encontrarlo?  
¿Será mejor mirar hacia adentro?  
o más bien  
insistir en tu cuerpo breve  
pequeño asible  
que sigue siendo  
el tamaño exacto de mis creencias  
el soporte perfecto de mi fe."*

O reconocer abiertamente - para desengaño de ángeles, arcángeles, tronos, querubines, potestades y serafines - que:

*"A pesar  
de la relevancia  
de visitaciones  
y anunciaciones  
prefiero las encarnaciones."*

Y para que no queden dudas acerca de mi devoción al cuerpo encarnado, mi latría, mi culto religioso se expresa de manera explícita e inequívoca:

*"Oraciones de entrega  
con las que te rindo homenaje  
diosa exclusiva  
de este culto a tu cuerpo  
que no admite otro creyente  
distinto a mi: único oficiante."*

Estas son mis personales reflexiones sobre el tema asignado por los organizadores de este regiomontano encuentro internacional de escritores, no me atrevo, sin embargo y a mi pesar, a emitir opinión sobre el misticismo, es decir, sobre ese estado extraordinario de perfección religiosa, que consiste esencialmente en cierta unión inefable del alma con Dios por el amor, y va acompañado accidentalmente de éxtasis y revelaciones. No lo he experimentado todavía, aunque coincido plenamente con el bíblico *Libro de los Proverbios* cuando afirma que en mística carnalidad:

*"Fuego de Dios es el alma del hombre  
que escudriña los secretos del vientre."*